

# Perros de Chernóbil

Marcela Ribadeneira

*«Is there anything more frightening than people?»  
Svetlana Alexievich, Voices from Chernobyl.*

«Mi nombre es Legión, porque somos muchos».  
Marcos, 5:9

## plaga 1

1. f. Aparición masiva y repentina de seres vivos de la misma especie que causan graves daños a poblaciones animales o vegetales, como, respectivamente, la peste bubónica y la filoxera.

## Persona 1

Mi sangre era un líquido volátil y veloz, un líquido voraz. Y yo era un envase, un globo al que le inyectaban ese suero sin importar que la piel se le rasgara. Un bosque subcutáneo de capilares rotos salpicaba mi piel. Persona-esponja, persona-recipiente. La sonda entraba por mi nariz. Grité y temblé cuando la empujaron adentro por primera vez, cuando irrumpió con su textura de alga y de músculo y se abrió espacio. Cuando reptó, rasgó y partió. Faringe. Esófago. Estómago. Dejaban de empujar al alcanzar el estómago. Entonces mis órganos se calentaban y la camilla en la que me tenían inmovilizada empezaba a descargar electricidad por todo mi cuerpo. En realidad, no era una camilla. Ni siquiera era algo sólido. Era un colchón flotante de estática, de avispas, de clavos invisibles. Da igual. No pretendo que con mis descripciones se haga un identikit de ellos o de su tecnología. Seis mangueras se desprendían de aquella cosa. Yo solo podía ver las que perforaban mis antebrazos. Eran dos anguilas gordas que se zambullían en mis venas y vomitaban suero hir-

viendo a borbotes. Había un par más enchufadas a ambos lados de mi cuello y otro par a mis pantorrillas. Camilla y suero parecían estar hechos del mismo material. Electricidad sublimada, gas de agujas, vapor de antimateria. Puedo seguir elucubrando sin problema. Nada de lo que yo o ustedes puedan imaginar se acercará a la realidad. Somos microorganismos cultivados por ellos. Predecir sus intenciones sería como resolver ecuaciones con un ábaco. Somos microorganismos y todo el maldito planeta es su placa de Petri.

## Persona 2

Verificaban si nuestro ADN estaba listo, si ya había recopilado toda la información evolutiva necesaria para que pudiéramos sobrevivir en el planeta en el que decidieran soltarnos. Es difícil saber si la Tierra fue un objetivo a destruir o si fue la incubadora, el lugar de origen, el invernadero donde ellos hicieron florecer su arma biológica: nosotros. Me lo pregunté muchas veces y lo conversé con los otros. Con los que no estaban apagados. Yo no era la única persona en el quirófano. La mía no era la única camilla. Éramos cientos. Más de cien perros de Chernóbil ahí. Juntos, solos, confundidos, destrozados físicamente por su maquinaria. Pero despiertos. A algunos no nos apagaban. Nunca supimos qué criterios usaban para tratarnos de manera distinta. Después de someternos al procedimiento estándar, de tomar muestras de la flora bacteriana de nuestro tracto digestivo y de lavarnos la sangre, nos despegaban de las camillas y quedábamos libres. Nos quedó claro que para ellos no éramos individuos, éramos células de un mismo tejido. De un tejido creado con un propósito claro. Dejarnos así, libres para deambular por lo que creo que eran algunos días, quizás tenía como objetivo analizar lo que hacíamos cuando había pequeñas concentraciones de nosotros en un ambiente estéril. No lo sé. Es lo único que puedo imaginar que tiene algo de sentido. Ellos no mostraban señas de entender nuestro lenguaje. El quirófano, que parecía un estudio fotográfico

enorme, un sinfín blanco que realmente no tenía fin, estaba lleno de personas de toda raza, que hablaban en varias lenguas, que se miraban con desesperación, con los ojos cargados de preguntas y de incredulidad, de terror. Y así pasaban algunos días. Los apagados se retorcían y sangraban sobre las camillas para luego entrar en un aparente coma. Nosotros recorríamos el quirófano, dábamos vueltas, llorábamos, rezábamos, pero cuando encontrábamos a otra persona que hablara el mismo idioma, creíamos encontrar el cielo. Compartir las emociones, el pánico por ejemplo, puede ser catártico. Pero compartir ideas, eso sí que es una forma de libertad.

### **Persona 3**

Ella nos llamaba «perros de Chernóbil». Decía que si volvíamos a la Tierra nos harían análisis, quizás aún peores que lo que nos hicieron ellos. «Estamos llenos de su mierda», decía. «¿No sienten que su sangre tiene ahora vida propia?» «¿No la sienten recorrer cada palmo de sus venas como si fuera un ejército de hormigas que espera el momento justo para atacar?» Nastia hablaba en español, inglés y ruso, y estaba loca. Solo un loco podría aparentar tanta cordura en una situación como en la que estábamos. «Nadie querrá tocarnos si volvemos a la Tierra, nadie querrá estar cerca de nosotros. Nos llevarán a algún búnker y nos cortarán en pedacitos para analizarnos». Nastia era la única persona que se movía por el quirófano con una familiaridad envidiable, como si las camillas hechas de estática y las algas-sonda fueran la cosa más normal. Andaba semidesnuda. A pesar de que ellos nunca nos quitaron la ropa, varias prendas, dependiendo de su material, a veces se quemaban o se evaporaban después de entrar en contacto con las camillas. «Nadie puede tocar a los perros de Chernóbil, a los descendientes de los perritos que vivían ahí cuando hubo el accidente. Nadie puede tocarlos porque son radioactivos. Los pueden alimentar, pero ellos nunca van a conocer lo que es la caricia de un ser humano». Nastia es-

taba loca y sobreviviría. «¿Adivinan por qué no nos han apagado? Porque saben que no hablaremos». «Somos sus perros de Chernóbil. Nadie podrá tocarnos». «Si lo hacen esparciremos lo que sea que ahora tenemos en nuestra sangre». «¿No lo sienten?» «Estamos activados». Nastia hablaba con todos. Incluso con ellos. Con ellos que, leídos por nuestros cinco sentidos primitivos, eran haces de luz gigantescos, haces que vibraban y nos insertaban sus algas-músculo en las gargantas, y en cuyas camillas muchos de nosotros se desintegraban. A estos últimos, Nastia los llamaba «perros sin pedigrí».

#### **Persona 4**

«Efecto invernadero», desde que conocí el quirófano y volví para contarlo, ese término me causa gracia. La humanidad siempre ha tenido una vena profética que ahora me resulta tragicómica. En efecto, estamos en un invernadero. Todo el cosmos que podemos peinar con telescopios, sondas, radares y satélites es estéril y deshabitado. Y es así porque nosotros somos la anomalía. Nos cultivaron. Somos lo que ellos programaron para que se propague y carcoma la corteza terrestre, para que ensucie las aguas y el aire. Ahora que probamos que somos efectivos, que somos un agente contaminante que destruye la materia, ya sea en estado sólido, líquido o gaseoso, ellos han venido por nosotros. Nos calibrarán. Los que ellos consideran que estamos listos para ser soltados y roer otro planeta, viviremos. Los que tienen miedo serán apagados y diseccionados. Hay cosas que ellos aún no entienden de nosotros. Mut me dijo —es más probable que yo me imaginara y no que me lo dijera, porque Mut es uno de ellos y no habla— que el lenguaje es un efecto secundario no previsto de su experimento.

#### **Persona 5**

La primera vez que desperté en el quirófano, el miedo me paralizó. Las mangueras penetrando mis brazos, la blancura, el terror en las caras de esos que como yo

estaban siendo examinados sobre aquellos camastros tan extraños. Era el infierno. Ellos, rayos de luz vibrantes. Nosotros, que cada tanto éramos menos. No todos soportábamos el suero con el que nos llenaban. Las mangueras se desprendían de los camastros y de repente vomitaban más de esa cosa dentro de nuestras venas. Algunos no lo soportaban y estallaban. Una humareda púrpura emanaba del pequeño despojo al que quedaban reducidos. Helio y cianuro, eso me imaginaba que era. No sé nada de química, no sé nada de biología. En una situación como esta, hasta el maldito Carl Sagan se hubiese quedado mudo y boquiabierto. La humareda en la que se convertían los cuerpos parecía tener vida, al menos por unos segundos. Se elevaba rápidamente y permanecía sobre el camastro. Se convertía en una nubecita de la cual llovían chorritos de médula, de sangre, de hueso licuado, de metal. Quizás esas esquirolas alguna vez fueron aretes, qué se yo. Las cosas que eran inútiles para ellos, eran las cosas que nos identificaban como individuos. Un aro de matrimonio, un piercing, una pulsera. Bum. Cuando un cuerpo explota hace bastante ruido. A veces, esquirolas de esos accesorios salían volando y se escuchaba, después del bum, un tintineo.

111

## **Nastia**

Máquina de erosión. Máquina de labrar. Máquina de destrucción. Máquina de navegar. Máquina de moler. Máquina de muerte. Máquina de pescar. Máquina de escalar. Máquina de volar. Máquina de extinción. Máquina de cultivo. Máquina de procesar. Máquina de talar. Máquina de palabras. Máquina de reproducción. Máquina de dolor. Máquina.

Yo soy la máquina. Soy una y soy todos. La máquina que ellos crearon para destruir, para carcomer los frutos maduros del cosmos. Soy todos los jinetes del Apocalipsis. Soy el Apocalipsis, la furia de la creación. Falta poco para que ellos me suelten. Estoy lista. He practicado durante millones de años. Aprendí, perfeccioné mi forma, esculpí mis manos asesinas, mis

dientes-daga, mis ojos-muerte. Me devoré la corteza terrestre y mis exhalaciones tóxicas desmembraron la atmósfera. Lo que hice con los océanos no tiene nombre. Estrangulé especies enteras con mis plásticos, las sofoqué con mi mierda y con su propia sangre. Las corté en pedazos y las apilé dentro de mis buques. Aletas con aletas, hígados con hígados, corazones con corazones. Carbonicé sus pulmones con mis derrames, mi crudo en su garganta y mi hierro en sus escamas. Mi aliento empañó el cielo. Eclipsé la luz. Estoy lista. Pasé la prueba. Funciono. Infecté, gangrené, extinguí. Una costra estéril cubre este planeta y estoy lista para saltar a otro. Para aniquilar. Lo comprendí con ellos y lo acepté. Porque yo soy la máquina y este es mi propósito. Yo soy su máquina. Me soltarán. Su máquina. Su perro de Chernóbil, su virus, quien morderá la manzana, quien revelará a la humanidad su glorioso destino. Yo.

Marcela Ribadeneira. Quito, 1982. Crítica de cine y artista visual. Estudió Dirección Cinematográfica en la *Scuola Internazionale di Cinema e Televisione* (NUCT), en Roma. Ha publicado los cuentarios *Matrioskas* (2014), *Borrador final* (2016) y *Golems* (2018). En el 2016 fue parte de *Ochenteros*, un grupo de 20 escritores que la Feria Internacional del Libro de Guadalajara seleccionó como nuevas voces de la literatura latinoamericana.